

Predica ordinariamente á los pobres: no funda establecimiento ninguno en el mundo, y camina por todas partes con el pensamiento fijo en la muerte cruel y vergonzosa, cuyas circunstancias tenia siempre á la vista de su alma, y las habia predicho muy frecuentemente á sus discípulos. „Extraño es, observa Nicole, «que siendo Jesucristo el árbitro de la naturaleza, «como lo hacia ver en sus milagros, no se haya «hecho temer de persona alguna; pero todo se explica «fácilmente, advirtiéndole que las muestras de humildad «con que acostumbraba cubrirse, hacian mayor impresión en el espíritu, que las señales de grandeza «que aparecian en sus obras. En una palabra: cuanto «hai de grande en Jesucristo no es sino una consecuencia de su ministerio, y cuanto hai de pequeño y «humilde en su conducta, es un efecto de su voluntad «y de su eleccion: nada se veia por tanto en él, que «no fuese dirigido á establecer en el corazon humano «el desprecio el mundo y de sus pompas.” (1)

692. Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo mantenía siempre en su pecho la llama suave y ardiente de una caridad divina. El desprendimiento universal de sí mismo se revelaba en todos sus discursos y en todas sus acciones. Era el Doctor, el consumidor, el apoyo de una lei de plenitud, y hacia resplandecer de continuo en todos los rasgos de su vida la gloria de Dios y el bien de la humanidad, como el exclusivo objeto que lo habia traído á la tierra. En todo lo que hace, en todo lo que medita, no se pro-

(1) *L' Esprit de NICOLE sur les vérités de la religion. Cap. 17, § 3.*

pona mas que cumplir la voluntad de su Padre; no se ocupa en otra cosa, que en establecer y propagar el reino de Dios, esto es, la verdadera religion. Su zelo es ardiente; pero no se descubre en él ni un solo indicio de violencia y amargura: su vida es austera como su moral; pero manifiesta siempre aquel sabio temperamento que ni se precipita en el exceso, ni admite la singularidad. La mortificación habitual que prescribe no excluye los inocentes recreos. Recomienda la continencia, como el mas perfecto de los estados; pero asiste al convite de un banquete nupcial, é instituye un sacramento para santificar el matrimonio. Vivió en la pobreza y abyeccion; pero llamando á todos á su reino, no excluyó de las esperanzas que trajo á la tierra, ni al rico ni al poderoso. Ataca los vicios y los errores de los grandes; pero consagra su autoridad en el respeto del universo. Declara en términos formales, que su reino es espiritual, y por tanto el reino por excelencia; pero sometién dose al tributo del César, coloca sobre una misma línea los deberes de la religion y los de la sociedad. He aquí su política, sus convicciones, su conducta: enseña á sus discípulos á mirar el cielo como su patria, pero estrechando al mismo tiempo en ellos todos los vínculos legítimos que los adhieren á la tierra.

693. Ni le faltó una sola virtud, ni tuvo un solo defecto. Examínese ahora cuanto abarca en su esfera la posibilidad humana; y dígame de buena fe, si la naturaleza es capaz de tanta perfeccion. Un carácter de esta clase, no lo dudemos, es un carácter divino; y la eminente santidad de Jesucristo excluye la ne-

cesidad de otra prueba, para engendrar en el alma una convicción perfectísima de su divinidad. Tal fué la plenitud de su justicia, que la mas encarnizada incredulidad no se ha permitido el mas ligero reproche contra su conducta: Celso, Porfirio, Hiérocles, cuantos han combatido la religion, no han podido contenerse de tributar un homenaje á la integridad de su virtud. „¿Quién no admiraria, dice un escritor célebre, su inmensa caridad para con todos los hombres, su benevolencia, su dulzura, su paciencia, su magnanimidad? Cura los enfermos, consuela los afligidos, instruye á los ignorantes: es todo para todos. No se vengá de los ultrajes de los judíos, sino haciéndoles nuevos beneficios: *he aquí la generosidad de la virtud*. Llorá sobre la suerte de Jerusalem: *he aquí el amor de la patria*. Llama con el nombre tierno de amigo al monstruo que le vende: *he aquí la clemencia y la misericordia*. No se queja ni de las falsas acusaciones de los testigos, ni de la injusticia de los jueces; presentá sus mejillas á los que le hieren, y su rostro á los que le escupen: *he aquí la paciencia, la mortificación, el sacrificio, la virtud de la penitencia*. Camina á su patíbulo con la dulcetransquilidad de un cordero: *he aquí la abediencia en su perfección mas sublime*. Sufre, por último, la mas injusta é ignominiosa muerte, con una grandeza de alma que no le permite desplegar sus labios, sino en favor de sus verdugos. *No son estas la vida y la muerte de un hombre: ¡así vive y así muere la humanidad sacrosanta de un Dios!* (1)

(1) JACQUES. *Preuves convaincantes de la ve-*

694. *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* dijo en ocasión en que le rodeaban los fariseos, los escribas, el pueblo todo, enemigos encarnizados de su persona y de su nombre. Un silencio profundo sucedió á la pregunta de Jesucristo: silencio mas persuasivo y convincente, que la elocuencia mas inflamada y el raciocinio mas estrecho y demostrativo. Por último, llamamos la atención de nuestros lectores hácia una circunstancia única en la historia del hombre y de la sociedad. En todos los siglos se han presentado legisladores y filósofos anunciando el desigmo presuntuoso de reformar el entendimiento y perfeccionar las instituciones políticas; mas á pocos pasos del tiempo, las doctrinas han cedido el campo á nuevos sistemas; la ciencia social ha perecido entre innumerables vicisitudes: los legisladores han tenido necesidad de sobreponerse á la lei para no aparecer inconsecuentes; y en su conducta no hai mas diversidad ordinariamente, que la que pone entre ellos, no la graduación de las virtudes, sino el número y la diversidad de sus vicios. Jesucristo es el primero que ha concebido el plan maravilloso y divino de una felicidad perfecta fundada en la observancia de sus máximas, y que ha practicado al mismo tiempo, con una perfección inconcebible, hasta los últimos pormenores de su doctrina y de su lei. „No hai virtud, dice Du-

rité de la religion chrétienne. Chap. IV, § 13. Lo que está de cursiva se ha intercalado en el texto del autor citado, para evitar una repetición, que de otro modo seria indispensable, para mostrar las virtudes de Jesucristo.

«voisin, acerca de la cual no nos haya dado Jesús el precepto y el modelo: entre todos los legisladores «y todos los doctores de moral, él es el único que «instruye al mismo tiempo que con sus discursos con «el ejemplo de toda su vida. Todas sus palabras, sus «acciones todas no respiran sino piedad y caridad; «pero una piedad y una caridad hasta entónces desconocidas en la tierra.” (1) *Iba haciendo el bien,* nos dice el Apóstol, y estas palabras lo dicen todo.

695. Concluyamos. „Si la moral mas pura, y el «corazon mas tierno; si una vida pasada en combatir el error, y en aliviar los males de los hombres, «son los atributos de la Divinidad; ¿quién podrá negar «la de Jesucristo? El es el modelo de todas las virtudes: la amistad le ve dormido en el seno de Juan, «ó encomendando su madre á este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la muger adúltera, y «en todas partes le encuentra la piedad bendiciendo las «tribulaciones del desdichado: su inocencia y su candor se descubren en su amor hácia los niños; la fortaleza de su alma brilla en medio de los tormentos «de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de «misericordia.” (2)

PARRAFO SEGUNDO.

Milagros de Jesucristo.

696. „Para juzgar de toda la confianza que ins-

(1) DUVOISIN. *Demonstration evangelique* Chap. III.

(2) CHATEAUBRIAND. *Genio del Cristianismo.* Part. IV, lib. III, cap. 1.

pira la historia de los milagros de Jesucristo, dice Duvoisin, es necesario examinar atentamente la naturaleza de estos milagros, las circunstancias en que fueron hechos, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que hicieron sobre los espectadores, y por último el concepto que formaban acerca de ellos los mismos que desconocian su autoridad.”

697. „Yo advierto, dice, en los milagros de Jesucristo dos caracteres principales, esto es, su importancia y su publicidad. Ya se consideren en si mismos, ya en sus consecuencias son sin duda unos hechos de la mas alta importancia.” (1)

698. ¡Qué cuadro tan magnífico y sorprendente el de sus milagros! Toca apénas los doce años de su edad, y confunde en el templo la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes este niño, que no teniendo estudios, maestros, escuela, teatro, ni sociedad ninguna literaria, no podia conquistar esta victoria sobre los ancianos y los Doctores de Israel, sino con el irresistible poder de la sabiduría infinita de Verbo. Sale de su vida oscura y retirada; elige en persona sus ministros, y tomándolos de la condición mas humilde, para que nadie atribuyese las conquistas de su palabra al humano saber, sorprende al mundo con una transformacion maravillosa, pues convierte á unos rústicos pescadores en órganos de una verdad y un poder que habian de renovar el universo.

(1) *Démonstration evangelique.* Chap. V. En obsequio de nuestros lectores preferimos á todo un extracto de esta prueba, en que tanto resplandece la irresistible Lógica de su célebre autor.

Sube al Tabor, y hace posar sobre esta montaña feliz el trono de su eterno Padre, quien le declara, con toda la magestad de un Dios, su Hijo mui amado, en el cual tiene puestas todas sus complacencias. Avista á la ribera de un mar embravecido, y marcha sobre las ondas, ó impone silencio al torbellino desolador. Cinco panes y cinco peces le bastan para alimentar hasta la hartura por dos veces á millares de hombres que le siguen á la soledad. A su voz huyen las turbas infernales, abandonando las víctimas que poseian; y los leprosos recobran la limpia tez de una salud robusta, y los paralíticos sienten renacer en sus miembros la agilidad y fuerza de una lozana juventud. Inclínase su albedrío á los ruegos del atribulado que le pide el remedio, y los ciegos ven, los mudos hablan, los sordos oyen. Habla, y huye una turba inmensa que viene á despedazar á la muger adúltera, y le aclama Dios la muger de Samaria al escuchar la revelacion de su pensamiento. Manda, en fin, y el sepulcro restituye sus víctimas, que salen triunfantes de la muerte. „Llega la hora de su inmolacion, cuyas circunstancias habia predicho, y á fin de que todo el mundo vea que esta muerte es libre y espontánea, Jesus hace caer á sus piés á los satélites que vienen á prenderle, y cura á uno de ellos, mutilado por uno de sus discípulos. Arrastrado sucesivamente á los tribunales de los pontífices, del gobernador y del tetrarca de Galilea, los espanta con sus respuestas, y todavía más con su silencio. Espira, y al momento mismo el sol se oscurece, la tierra tiembla, el velo del templo se rompe, los muertos resucitan. Hasta en su muerte Jesus se muestra el Señor de la naturaleza.”

699. „Obras tan esplendentes no podian ménos que excitar la atencion pública, aun cuando ellas no hubieran sido sino el objeto de una estéril admiracion. Pero Jesucristo, que léjos de contentarse con sorprender las miradas de sus espectadores, se propuso nada ménos que conmover los espíritus, dió á sus milagros un objeto mas importante, la fundacion de un nuevo culto, que debia suceder á la lei de Moises y establecerse en el universo todo sobre las ruinas de la idolatría.”

700. „Un segundo carácter de los milagros del Evangelio es el de su publicidad, su notoriedad, su evidencia. No se trata de esas maravillas equívocas y momentáneas que abren campo á la duda, ya sobre la existencia del hecho, ya sobre su carácter sobrenatural. Los milagros de Jesucristo son de la mas perfecta plenitud; quien se propusiese ocultar el poder que ellos manifiestan con explicaciones sutiles, se veria en la alternativa indispensable de explicarlo todo, hasta la resurreccion de los muertos, ó de reconocer en todas partes la mano del Omnipotente.

701. En cuanto á su notoriedad, basta saber que ellos eran sabidos en todas las ciudades de la Palestina; que Jesus escogia por teatro los sitios mas á propósito para hacer visible su poder, las plazas públicas, el templo, las solemnidades religiosas que hacian reunir á toda la nacion. Las personas afortunadas, á quienes tocaba disfrutar los efectos de este poder, se designan por su nombre, su casa, su profesion, y así ántes como despues de ser curadas, habitan las ciudades, las aldeas; viven con una multitud sorprendida por la doble notoriedad de su mal incurable y antiguo y de su curacion momentánea y milagrosa.”

702. ¿Y cuánto no progresa la demostracion con vista de las circunstancias en que tales prodigios fueron hechos? Cuenta Jesus por enemigos á todos los judíos que mas se distinguen por su ilustracion, por su influencia, por su poder. Los sacerdotes y los escribas, los fariseos y los saduceos, suspendiendo su animosidad, se reunen todos contra un hombre que les reprocha mui altamente sus errores y sus vicios. No ignoran los prodigios en que Jesus funda su autoridad, y con harta frecuencia son ellos los espectadores de los maravillosos efectos que producen en la multitud. Estos hombres á quienes el odio, el zelo, el interes y las mas delicadas pasiones previenen fuertemente contra la autoridad de Jesucristo, que tienen de su parte la fuerza pública, los recursos para proporcionar el cohecho, y el empeño mas decidido en desacreditar los milagros de Jesus, nada consiguen con todo esto. Limitados al recinto del pueblo réprobo, nada han podido, para detener ese torrente de luz que ha encadenado la razon y cautivado felizmente toda la creencia de la especie humana. Opongamos á este poder estéril de sus enemigos el carácter y la autoridad de los testigos que deponen en favor de los milagros de Jesucristo.

703. Hemos demostrado en otra parte que estos no pudieron engañarse, que no quisieron engañar ni lo habrian conseguido aun en caso de pretenderlo. Adelante hablaremos un poco mas sobre este punto, al tratar especialmente de los Apóstoles; mas por ahora nos limitaremos á dos sencillas reflexiones, tomadas del autor citado. „Los Apóstoles dice, no hubieran conseguido nunca, por mucho empeño que en ello

tomasen, no digo establecer una religion, ó fundar una secta; sino lo que era infinitamente mas fácil, ni aun grangearse un solo prosélito.”

704. Recorred la historia inmensa de los errores y las supersticiones; buscad en las opiniones populares, en la politica, en la seduccion ó en el terror, las diferentes causas á que han debido su establecimiento y sus progresos las falsas religiones; y no encontraréis una sola capaz de favorecer la impostura de los Apóstoles. La autoridad de las leyes, la fuerza pública, los sentimientos religiosos, las preocupaciones, las pasiones, el interes; todo se levantaba contra su doctrina: solo los milagros hablaban en su favor. Pero aun estos mismos milagros, á no haber sido incontestables, ofrecian á sus muchos y poderosos adversarios un medio seguro y fácil de confundirlos. Si puede disputarse sin cesar acerca de las opiniones especulativas; cuando se trata de los hechos públicos y recientes, la discusion no puede prolongarse demasiado ni permanecer indecisa. Que en circunstancias tan desfavorables los Apóstoles, sostenidos por la autoridad de sus milagros, se hallan hecho escuchar, era ya mucho: pero que sin milagros, ó lo que todavia es peor, con milagros notoriamente falsos hubiesen logrado fundar una nueva religion, seria un fenómeno inexplicable, incomprendible, mil veces mas increíble que todos los milagros del cristianismo.

705. Concluyamos estas observaciones con la última que nos propusimos hacer sobre la impresion que tales milagros produjeron en la multitud, y por último sobre el concepto que los contemporáneos y oyentes de los Apóstoles formaron acerca de ellos.

706. ¿Quién nos enseñará competentemente lo que investigamos ahora? Los hechos; y unos hechos, dice el autor citado, incontestables, subsistentes aun; hechos de tal suerte ligados con la verdad de los milagros evangélicos, que parece de todo punto imposible asignarles otra causa diferente."

707. „Todos nos hallamos seguros, por el doble testimonio de la historia eclesiástica y profana, de que por donde quiera que pasaban los Apóstoles enseñando, se levantaban Iglesias numerosas. La primera es la de Jerusalem que comenzó cincuenta y tres dias despues de la muerte de Jesucristo; y mui poco despues apareció la fe ya establecida en Samaria, en Damas, en Lidia, en Joppe, en Cesaréa, en Antioquía, donde los sectarios de la nueva religion comienzan á ser designados por el nombre de su maestro. De la Palestina y de la Siria pasan los Apóstoles á la Asia menor, á la Grecia, á la Macedonia: penetran en la Italia y zanján allí los cimientos de aquella Iglesia, *principal*, como la llama San Ireneo, á la cual reconocerán todas las otras, y que hará de Roma la capital del mundo, aun despues de la destruccion de su imperio. Primer hecho constante y reconocido por los mismos incrédulos."

708. „En todas estas Iglesias se hacia una mui alta y solemne profesion de creer los milagros que los Apóstoles habian atestiguado de viva voz, ó por escrito. He aquí un segundo hecho no ménos comprobado que el primero, y cuya mas plena demostracion, si aun se quisiese negar, podria encontrarse en todas la epístolas del nuevo Testamento."

709. „El tercer hecho, que puede mirarse como

una consecuencia de los dos primeros, es que los primeros fieles no abrazaron el cristianismo, sino por la autoridad de los milagros referidos á Jesucristo."

710. Concluyamos. „Ninguna esperanza temporal, ningun atractivo, ninguna seduccion podia dar en aquel tiempo sectarios al cristianismo. Los Apóstoles, á ejemplo de su Maestro, no prometian sino cruces y aflixiones, ni disimulaban á los neófitos, que si todas sus esperanzas estaban reducidas al mundo, debian considerarse como los mas infelices de los hombres. (1) ¿Qué grado de convencimiento no era pues indispensable, para determinar á los primeros fieles al sacrificio de todas sus preocupaciones y de todos sus intereses? ¿Qué atencion no pondrian por lo mismo en el exámen de unos milagros, que venian á decidir su suerte respecto de la vida presente y de la vida futura? Confesemos, pues, ingenuamente, que no fué el amor de la novedad, ni un entusiasmo ciego quien transformó en zelosos cristianos á tantos judíos y gentiles, supersticiosamente adheridos hasta entonces á la religion de sus padres; sino la autoridad y evidencia de los milagros de Jesucristo." (2)

PUNTO SEGUNDO.

Doctrina de Jesucristo.

711. Siempre hemos entendido que la reunion de

(1) *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* San Pablo á los corintios. Epist. 1.^a cap. 15.

(1) *Obra citada.* (Extracto.)

cinco caracteres, que corresponden por excelencia á la doctrina de Jesucristo, constituyen por sí una prueba concluyente de su divinidad. La sublimidad de sus misterios, la unidad maravillosa de su economía, la universalidad de su inteligencia, la santidad de su moral y la eternidad de sus promesas, son otros tantos atributos que no vemos resplandecer en ninguna de las muchas producciones del espíritu humano; que traspasan con mucho la esfera de la capacidad del hombre, y que no circularían hoy entre la especie humana, si Dios no se hubiese dignado abrir la fuente de su verdad, para que fecundase á la tierra. Se nos permitirá extractar esta parte de nuestras pruebas, de un discurso nuestro que corre impreso, (1) en lo cual hemos convenido, cediendo á las instancias de algunas personas que nos distinguen y favorecen con su aprecio.

PARRAFO PRIMERO.

Sublimidad de sus misterios.

712. „El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, el Verbo que existía desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios, (2) hecho carne en el vientre de una vírgen por obra de Espíritu santo, para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el

(1) *Panegirico de Nuestro Señor Jesucristo. Part. I.*

(2) *Joann. Cap. I. v. 1.*

mundo; el pan convertido en el cuerpo, y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos, como una prenda de amor, en la cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que unidos todos los miembros con la cabeza que es Jesucristo, por la profesion de una misma fe, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos; una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á undirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: he aquí un conjunto imponente, admirable, divino, una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increíble frenesí de buscar en sí misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.”

PARRAFO SEGUNDO.

Unidad de su economía.

713. El primer indicio de las producciones huma-

nas es y ha sido siempre una insoportable mezcla de verdades y de errores que mantienen siempre á la razon en una especie de perplejidad, y eternizan las disputas entre los que llevan el nombre de filósofos y aspiran al título de sabios. Ni hai puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero punto de unidad. El filósofo construye sus sistemas con una maravillosa simetría; pero busca en vano en la historia su apoyo, en las otras ciencias sus sufragios, y en las convicciones sus triunfos: miéntras se pierde en eruditas conjeturas para fundar el origen de la sociedad, fijar el carácter de la religion, ó establecer los principios de la conducta; tropieza con mil obstáculos y contradicciones, y muestra frecuentemente la timidez propia de la infancia. „¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas en que cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y en que nada nos sorprende tanto, como el conjunto de las imposturas y de los errores, las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha del espíritu humano?” Despues de estos grandes y tristes desengaños, ¡qué satisfaccion tan pura experimenta la razon, al contemplar ese plan maravilloso y único de la doctrina de Jesucristo!

714. „Las ideas de criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presenciar la creacion, vemos abrirse á nuestros piés el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del Ser y el manantial de la sabiduría; y ya desde

entónces esperamos únicamente de Dios la verdad y la lei. En esta primera página del mundo, se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor, que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los Patriarcas, los Profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun ántes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa con magestad los siglos todos que ocupan el espacio que media entre Eva y María. Jesucristo llega: es Dios y hombre: su palabra exige la negacion de nuestro entendimiento; su lei, el holocausto de nuestra voluntad. A este doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera; la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el orden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: he aquí un maravilloso sistema, en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

PARRAFO TERCERO.

Universalidad de su inteligencia.

715. Recorred el inmenso campo del cristianismo; visitad con la imaginacion todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que

contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! cuando busco la verdad y la lei, las reconozco igualmente en el idioma inculto de aldeano y en los labios balbucientes del niño. ¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad, ántes que la cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduría profunda, á cuya única posesion aspiraba el Apóstol de las gentes? Los Sacerdotes en Egipto, los Magos en Persia, los Brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, sino unas arcas cerradas de ilusiones é imposturas? Se diria que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, rezelosos de una publicacion, que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á vos ¡ó Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduría, haciendo, por este medio, que en vuestra persona reconociera el universo la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. *Lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (1)

PARRAFO CUARTO.

Santidad de su moral.

716. ¿Quién otro que Jesucristo, pudo haber san-

(1) *Joann. I,*

cionado su lei, dando á cada precepto un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo; sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo; su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar al Espíritu santo en el corazón; y la observancia de la lei es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios en el hombre, el hombre en Dios: he aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra: el entendimiento se levanta sobre las alas de la fe en busca del grande objeto hácia donde le impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal, no hai sacrificio costoso, no hai empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda, no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad. Antes de Jesucristo, la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su lei el que sancionó la libertad de los pueblos, borró la infame definicion de esclavo del código de las naciones, sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al universo. „Sabéis, dijo á sus Apóstoles y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, sabéis que los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y que los mas grandes ejercen en ellas el poder. No será así

entre vosotros; sino ántes bien, el que quisiere ser mayor sea vuestro criado, y el que quisiere ser el primero, sea vuestro siervo: porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida por la salud del mundo." (1) ¿Lo habéis oído? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con zelo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres; y que uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el titulo de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra, desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol. „Todos están sometidos á las potestades superiores: «por que no hai autoridad que no venga de Dios, y «él es quien las ha ordenado. Así pues, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. «El Príncipe es el ministro de Dios para el bien. Es «pues necesario que le estéis sometidos, no solo por el te-

(1) *Math. XX, 26, et seq.*

«mor del castigo, sino por un deber de conciencia." (1)

PARRAFO QUINTO.

Eternidad de sus promesas.

717. *¿Qué vale para el hombre ser dueño de todo el mundo si pierde su alma?* (2) he aquí una máxima que todo lo pospone á los intereses del espíritu. ¿Qué filosofía habia condenado con esta resolucion infalible la grandeza, las riquezas, el poder, la celebridad, la gloria misma del mundo, ídolos divinizados en el culto del gentilismo y honrados hasta la última bajeza por el incienso de la sabiduría pagana? ¿Pero qué se necesitaba para esto? la sabiduría y el poder de su divino Autor. Al reino de los sentidos precederios sucede el imperio del alma, que no espira jamas; y la muerte ha perdido sus terrores desde que se anunció la eternidad como el patrimonio de los que lloran, de los hambrientos, de los perseguidos, de los atribulados, de los que no temen sacrificar en las aras del deber todos los bienes que están colocados bajo el cómputo mezquino del tiempo. „*Sois mui venturosos, decia Jesucristo, cuando los hombres os maldicen, os vejan, os persiguen de muerte: por que vuestra recompensa es magnífica y eterna en el reino de los cielos.* (3) He aquí lo que promete el Evangelio á los verdaderos creyentes, á los que oyen y guardan al mismo tiem-

(1) *Ep. P. ad Rom. Cap. XIII, v. 1. et seq.*

(2) *Math. XVI, 26.*

(3) *Id. V, v. 11 y 12.*